



Arquidiócesis de Córdoba Fraternidad de Grupos de Oración RCC - Escuela de Formación



Encuentro con Jesucristo Vivo



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



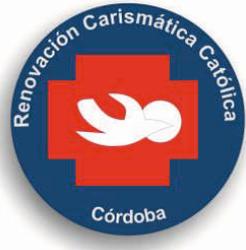
Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial



FRATERNIDAD DE GRUPOS DE ORACION CARISMATICOS
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA
Arquidiócesis de Córdoba

Escuela de Formación RCC

SEGUNDO NIVEL

Encuentro con Jesucristo Vivo

☞ Un encuentro con Jesucristo Vivo

El primero de los objetivos generales de la Renovación Carismática Católica es, según los Estatutos de ICCRS, aprobados por la Santa Sede, *“promover una conversión personal, madura y continua, a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador”*.

En ese sentido, la Exhortación Apostólica *“Ecclesia in America”* dedica su primer capítulo a suscitar en los fieles de todo el continente un *“encuentro con Jesucristo vivo”* (n.26-32).

Los obispos latinoamericanos nos dicen con alegría en el Documento Final de Aparecida: *“Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”* (DA 29).

En el número 243 del mismo documento nos dicen: *“El acontecimiento de Cristo es, por lo tanto, el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo”* y citando al Papa Benedicto XVI hacen resaltar que:

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (Deus Caritas Est 12).



Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús (cf. Jn 1, 35-39). Es también el camino que nosotros debemos emprender, después de haber reconocido que somos pecadores. La solución directa a nuestros problemas personales está en un reencuentro con Jesucristo vivo, que nos llevará a una verdadera y profunda conversión”.

El Papa Francisco nos dice en *Evangelii Gaudium* 8 que “*sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad”.*

☞ **UN ENCUENTRO CON JESUCRISTO VIVO**

Se trata tal vez, no de un primer encuentro, sino de un “**reencuentro**” porque estamos seguros de que en nuestra vida hemos tenido ya muchos encuentros con Jesús.



1. Los encuentros de Jesús cambiaron la vida de muchos

1º Jesús tuvo encuentros con futuros apóstoles: Simón y Andrés, Santiago y Juan, Felipe y Mateo, Pablo de Tarso (¿Natanael=Bartolomé?). Estos encuentros tuvieron y manifestaron una fuerza transformadora.

2º Se encontró también con otras personas: Nicodemo (Jn 3, 1-9); con la mujer samaritana (Jn 4, 5-26); con la pecadora anónima (Lc 7, 36-50); con la adúltera de Jerusalén (Jn 8, 1-11); con María Magdalena (Lc 8, 2); con Zaqueo (Lc 19, 1-10); con los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35).

3º Sin embargo, hubo también numerosos casos en el Evangelio, en los que los hombres, al encontrarse con Jesús, se cerraron a su invitación al cambio de vida (fariseos, escribas, etc.)

2. Un encuentro con Cristo vivo

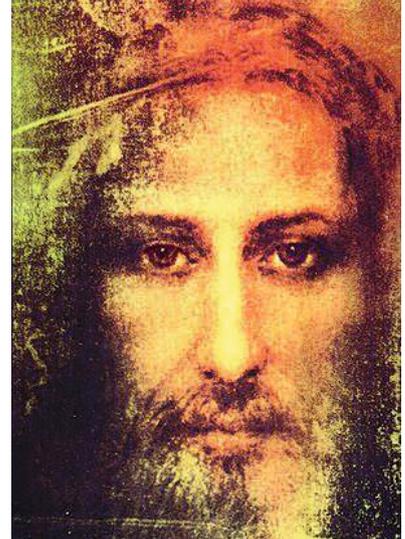
No se trata de tener un encuentro irreal e intrascendente con un Jesús a quien se recuerda por la historia, sino de un “*encuentro con un Jesús que está vivo*”; es decir, con un Jesús que, habiendo muerto en la cruz para alcanzarnos el perdón de nuestros pecados, ha resucitado para siempre y vive, y quiere comunicarnos una vida nueva y darnos la salvación eterna y definitiva.

En este sentido Jesucristo es la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian a tantos hombres y mujeres en el mundo actual.

3. ¿Cómo lograr ese encuentro o reencuentro con Jesús vivo?

1º Abriendo dócil y humildemente el espíritu a la voz del Señor.

Durante la vida de Jesús, todos aquellos que lo vieron, lo escucharon y acogieron su invitación, abrieron dócilmente su corazón a la palabra del Señor. Así también lo que primero se requiere en nosotros es una apertura del espíritu y del corazón a la palabra del Señor que nos está llamando a tener un encuentro con Él, como le sucedió al pequeño Samuel: “*Samuel, Samuel*”, o a Saulo en el camino de Damasco: “*Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?*”.



2º Pidiendo y recibiendo la acción poderosa del Espíritu Santo.

Es importante reflexionar en este hecho concreto y real. Los Doce primeros discípulos tuvieron un encuentro personal con Jesús: Él los miró, los eligió y los llamó; y ellos, aceptando su invitación, lo siguieron; perseveraron en su compañía durante el tiempo de su ministerio; y después de momentos de huida en Getsemaní, lo reencontraron después de resucitado.

Pero, lo que es urgente subrayar es que el verdadero y definitivo encuentro que los Doce tuvieron con Jesús no tuvo lugar sino hasta el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo, enviado por el Padre y por Jesús, llenó de luz la mente de los discípulos y pudieron entonces saber y comprender, con conocimiento profundo, ‘epígnosis’, quién era Jesús en toda la riqueza de su misterio:

- JESÚS es el HIJO DE DIOS, que se hizo hombre en las purísimas entrañas de María, por la acción soberana del Espíritu Santo.

- Jesús es el MESÍAS prometido en las Escrituras, muerto y resucitado, y ungido con el Espíritu Santo.

- Jesús es el SEÑOR, colocado a la diestra de Dios Padre, y lleno de poder en el cielo y en la tierra.

- Jesús es el SUMO SACERDOTE celeste que intercede constantemente ante el Padre en favor nuestro.

En este encuentro con “JESÚS VIVO”, en toda la realidad y riqueza de su persona, el que necesitamos tener ahora, y que solamente podemos obtener gracias a la acción del Espíritu Santo en nosotros, como los Apóstoles la tuvieron en Pentecostés.



☞ UNA VERDADERA Y PROFUNDA CONVERSIÓN

El encuentro con Jesús vivo mueve y conduce a la conversión. Primeramente, brota el arrepentimiento de los pecados; y luego, surge el deseo de emprender una vida nueva.

La conversión, expresada con el término hebreo o arameo “shub”, es ante todo un “volver, un retornar, un regresar” a Dios. Ese fue el grito de muchos profetas, en diferentes momentos de la vida de Israel (Jr 3, 14-22; 18, 11; 13, 21; Ez 14, 6; 33, 11; Is 44, 22; Os 14, 1-3; Jl 2, 12-13; Za 1, 3-4; Ml 3, 7).

Jeremías exclama:

*“¡Vuelve, Israel apóstata, -oráculo de Yahvéh-;
no estará airado mi semblante contra vosotros,
porque soy misericordioso –oráculo de Yahvéh-;
no guardo rencor para siempre.*

*Tan solo reconoce tu culpa,
pues contra Yahvéh tu Dios te rebelaste...! (Jr 3, 12-13)*

“¡Convertíos! Fue el grito inicial de la evangelización de Jesús: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca: ¡convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15).

Un admirable caso de conversión es el del hijo pródigo. El joven abandona a su padre, deja la casa, se hunde en el pecado, se arrepiente, se decide volver a su padre, y finalmente lo reencuentra. El padre lo recibe con los brazos

abiertos, se alegra profundamente y hace fiesta, porque *“ese hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido encontrado”* (Lc 15, 11-32).

Otro maravilloso ejemplo es el de Simón Pedro, que niega conocer a Jesús: *“Él se puso a echar imprecaciones y a jurar: ‘¡Yo no conozco a ese hombre de quien habláis!’”* Con esta negación se apartó de Jesús; pero inmediatamente, cuando oyó que el gallo cantaba, recordó la palabra que le había dicho Jesús, se arrepintió de corazón y rompió a llorar (Mc 14, 71).

Más tarde Jesús, a orillas del Lago Tiberíades, curará las heridas del corazón de Simón con el bálsamo del amor. Jesús le pregunta por tres veces: *“Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?”* La tercera vez que Jesús le hizo la pregunta, Pedro se entristeció y le dijo: *“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”*. Y Jesús le dice: *“Apacienta mis ovejas”* (Jn 21, 17)

☞ CONCLUSIÓN

Lo que aconteció a Simón Pedro, quiere el Señor que nos suceda a nosotros, aquí, ahora. Recordemos: el amor de Dios es eterno y la misericordia de Jesús es infinita. Jesús es la misericordia y el amor del Padre, que nos llama por nuestro nombre, que nos certifica su amor, y que nos confirma en la misión que nos ha dado: *“¡Apacienta mis ovejas!”*.

Que la Virgen María, la madre de Jesús y madre nuestra, nos alcance la gracia de un nuevo encuentro con Jesús y una conversión radical de nuestra vida. Por medio de María, los magos de Oriente encontraron a Jesús. Gracias a María, los esposos de Caná recibieron un vino nuevo abundante y generoso. La intercesión maternal de María alcanzará a la Iglesia la efusión del Espíritu Santo como en la Iglesia naciente, para que se produzca en nosotros un refloreCIMIENTO de fervor y de vida nueva.



Por su relación con el tema adjuntamos una reflexión del papa Francisco con motivo del rezo del Angelus el domingo 23 de marzo de 2014.

“El evangelio de hoy nos presenta el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, que sucedió en Sicar, junto a un antiguo pozo en el que la mujer iba cada día para buscar agua. Aquel día Jesús, sentado y cansado por el viaje la encontró.



Él enseguida le dijo: 'Dadme de beber'. De esta manera superó la barrera de hostilidad que existía entre los judíos y samaritanos y rompió el esquema de prejuicios contra las mujeres. El simple pedido de Jesús es el inicio de un diálogo franco mediante el cual él, con gran delicadeza entra en el mundo interior de una persona a la cual, según los esquemas sociales, no debía ni siquiera dirigirla la palabra.

Entretanto Jesús lo hace. Jesús no tiene miedo y cuando ve a una persona no se queda atrás porque la ama, nos ama a todos, no se detiene nunca delante de una persona por prejuicios.

Jesús la pone delante a su situación, no juzgándola sino haciéndola sentir considerada, reconocida y suscitando así en ella el deseo de ir más allá de la rutina cotidiana.

Aquella sed de Jesús no era tanto sed de agua, sino de encontrar un alma que se había vuelto árida. Jesús tenía necesidad de encontrar a la Samaritana para abrirla el corazón: le pide de beber, para poner en evidencia la sed que había en ella misma. La mujer queda tocada por este encuentro: le dirige a Jesús aquellas preguntas profundas que todos tenemos adentro, pero que con frecuencia ignoramos.

También nosotros tenemos tantas preguntas para plantear y que no encontramos el coraje de dirigírselas a Jesús. La cuaresma es el tiempo oportuno para mirarnos adentro, hacer emerger nuestras necesidades espirituales más verdaderas y pedir la ayuda del Señor con la oración. El ejemplo de la Samaritana no invita a expresarnos así: “Dadme aquella agua que me quitará la sed por la eternidad”.

El evangelio nos dice que los discípulos se quedaron maravillados de que su Maestro hablara con aquella mujer. Pero el Señor es más grande que los prejuicios y no tuvo temor de detenerse con la Samaritana. La misericordia es más grande del prejuicio. Y Jesús es enormemente misericordioso.

El resultado de aquel encuentro junto al pozo fue que la mujer quedó transformada: 'Dejó su ánfora' con la cual iba a buscar el agua y corrió a la ciudad a contar su experiencia extraordinaria: 'He encontrado un hombre que me ha dicho todas las cosas que he hecho. Ojalá sea el mesías'. Está entusiasmada. Fue a buscar el agua del pozo y encontró otra agua, el agua de la vida de la misericordia que salpica vida eterna.

Ha encontrado el agua que siempre había buscado. Corre al pueblo, a aquella población que la juzgaba, condenaba y la repudiaba. Y anuncia que había encontrado al mesías. Uno que le ha cambiado la vida, porque cada encuentro con Jesús nos cambia la vida: siempre es un paso más cerca de Dios. Así cada encuentro con Jesús nos cambia la vida. Siempre es así.

En este evangelio encontramos también nosotros el estímulo de 'dejar nuestra ánfora', símbolo de todo lo que aparentemente es importante, pero que pierde el valor delante del "Amor de Dios".

Todos tenemos una, o más de una. Yo les pregunto y me lo pregunto también a mí: ¿Cuál es esa ánfora que nos pesa. Esa que los aleja de Dios, dejémosla aparte y con el corazón escuchemos la voz de Jesús que nos ofrece otra agua: el agua que nos acerca al Señor. Estamos llamados a descubrir la importancia y el sentido de nuestra vida cristiana iniciada en el bautismo.

Y como la Samaritana debemos dar testimonio a nuestros hermanos de la alegría, la alegría del encuentro con Jesús. Porque como les he dicho, cada encuentro con Jesús nos cambia la vida, y también cada encuentro con Jesús nos llena de alegría, esa alegría interior que viene. Así es el Señor. Y contar cuantas cosas maravillosas sabe hacer el Señor en nuestros corazones cuando nosotros tenemos el coraje de dejar aparte nuestra ánfora".



BIBLIOGRAFÍA

- BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 1999.
- BENEDICTO XVII, *Deus Caritas est*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2005
- FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 2013.
- CELAM, *Documento de Aparecida*, 2007.
- PRADO FLORES, José,
 - *Cómo evangelizar a los bautizados*, Kerigma, México, 1994.
 - *Formación de discípulos*, Nueva Evangelización 2000, Santiago del Estero, 1990.